

M^a José Díaz-Aguado / Catedrática de psicología de la educación

“No podemos educar al alumnado para una sociedad homogénea”

por Jaime Fernández

Los niños y adolescentes se hallan ahora más expuestos que antes a situaciones de riesgo tras la desaparición de las tradicionales barreras físicas que los protegían y ante la posibilidad que tienen de acceder a auditorios imaginarios, como los videojuegos, la televisión o Internet. Por todo ello, la catedrática de Psicología Evolutiva y de la Educación, María José Díaz-Aguado, insiste en esta entrevista en la necesidad de crear para ellos nuevas barreras protectoras.

¿Cuáles son los rasgos generales del perfil psicológico del adolescente-tipo de la llamada generación de la ESO?

Hay una enorme diversidad. La edad que oscila entre los 12 y 15 años ha sido desde hace décadas la más difícil, tanto para el individuo como por lo que respecta a las relaciones que mantiene con los adultos. Los adolescentes han dejado atrás la infancia y temen que se les considere niños, por lo que se esfuerzan por demostrar que no lo son. Pero al mismo tiempo carecen de la capacidad de juzgar que se tiene cuando se empiezan a resolver los problemas de la adolescencia.

Sin duda se trata de la etapa más conflictiva, de altibajos e incertidumbre, caracterizada por el egocentrismo que se produce al empezar a pensar en sí mismo, en sus preocupaciones, deseos, inquietudes. Los adolescentes se consideran seres especiales, por lo que dan por hecho que las cosas que les ocurran a los demás no les ocurrirán a ellos. Por ejemplo, creen que pueden consumir todo tipo de sustancias tóxicas, que pueden exponerse a situaciones de riesgo, y que no van a sufrir las consecuencias previsibles.

El adolescente actúa como ante un auditorio imaginario y empieza a dramatizar y a exagerar todo cuanto le sucede como si los demás prestáramos atención a las mismas cosas que él. Esta deficiencia desaparece cuando al fin tiene delante un auditorio real y constructivo. Por ello, los adolescentes que sólo disponen de auditorios imaginarios o virtuales, a través de la televisión, videojuegos o de Internet, pueden adentrarse en una espiral de riesgo muy seria.

¿Cree que ahora hay más adolescentes en situaciones de riesgo?

Por primera vez la población adolescentes española está escolarizada al cien por cien. Esto significa que los problemas que antes se producían fuera de la escuela porque los alumnos que los ocasionaban eran excluidos de ésta gradualmente, ahora se producen en el escenario escolar. De todos modos siempre ha habido adolescentes aislados y de riesgo. Ahora no es que haya más sino que los casos extremos pueden llegar a consecuencias más graves. Han cambiado los riesgos como resultado de la desaparición de las viejas barreras protectoras, como lo era una familia nuclear aislada del mundo exterior y centrada en la

madre, que se aislaba para dedicarse exclusivamente al cuidado de los hijos, o una escuela que se centraba en grupos de alumnos homogéneos, con un profesor cuya autoridad se basaba sólo en su condición de profesor y que siempre sabía más que el alumno. Esa madre y ese profesor no pueden funcionar porque la realidad ha cambiado, se hallan fuera de contexto.

La protección física de la infancia y de la adolescencia basada en el aislamiento físico ya no existe. Esto quiere decir que hay que crear nuevas barreras que las protejan.

¿Cómo combinar el alargamiento de la enseñanza obligatoria con la asunción de responsabilidades propiamente adultas?

Uno de los indicadores más claros de violencia y de conductas antisociales en la vida adulta es haber abandonado la escuela prematuramente. Si queremos una sociedad menos violenta tenemos que alargar la permanencia de los adolescentes en la escuela y que esa permanencia sea posible también para los casos de riesgo de violencia. En una sociedad tan compleja es muy importante que los adolescentes permanezcan en la escuela y que sea gradual el ejercicio de la responsabilidad. Pero ahora nos encontramos con dos problemas: por un lado, se retrasa demasiado el comienzo del ejercicio de la responsabilidad y, por otro, cuando llega lo hace de forma muy brusca. Hay que propiciar un sistema que gradúe el acceso a responsabilidades desde la propia escuela.

Los profesores se quejan de que se arroja todo el peso de la educación sobre la escuela y sobre ellos

Ciertamente, estamos cargando sobre la educación y los profesores una gran responsabilidad, por lo que hay que darles medios para hacer frente a los problemas que antes se desarrollaban fuera de escuela y que ahora se producen dentro de ella. Es inevitable que todos los cambios sociales que exigen cambios educativos repercutan en la escuela. Ahora bien, los profesores tienen razón en que, mientras se les pida tanto y se espere tanto de la escuela, hay que dotarles de los medios apropiados. En este sentido, suelen cometerse dos errores: sobrevalorar al profesorado, creyendo que sin medios ni condiciones adecuadas tienen una varita mágica, y el error contrario: infravalorarlo. Hay que poner en marcha las condiciones adecuadas para que el profesorado desarrolle eficazmente su cometido. ¿Cuántos profesores más tendrán que pedir la baja por depresión y cuántos alumnos más tendrán que fracasar en la escuela, para que la sociedad tome conciencia del problema?

Los adolescentes que sólo disponen de auditorios imaginarios o virtuales, a través de la televisión, videojuegos o de Internet, pueden adentrarse en una espiral de riesgo muy seria

¿Es verdad que se ha pasado del autoritarismo a un exceso de permisividad?

Se ha avanzado en la condena de la violencia del adulto hacia el niño y también en el rechazo al autoritarismo. Pero la superación del autoritarismo no siempre ha conducido al tipo de educación ideal democrática, donde las normas, los límites, los castigos se ejerzan como en la democracia. Porque la democracia se enseña con la práctica. Con frecuencia se pasa del autoritarismo a una permisividad sin límites muy negativa y que produce los mismos efectos que el autoritarismo y además la permisividad se mezcla con el autoritarismo. Pero

evidentemente es mucho más difícil la enseñanza democrática que el autoritarismo o que no hacer nada. Tanto la familia como la escuela están bastante desorientadas en este sentido.

A los niños y adolescentes les llega con eficacia un discurso común a psicólogos, sociólogos, políticos, etc. según el cual ellos pueden exigir porque disfrutan de derechos. Creo que nos hemos equivocado al transmitir sólo sensibilidad sobre derechos. Deberíamos ampliar nuestro discurso hablando simultáneamente de derechos y deberes.

¿No cree que el concepto de violencia escolar está un tanto banalizado por los medios de comunicación?

Las comparaciones estadísticas entre fenómenos que han acaecido en periodos distintos son siempre complejas y sobre todo arriesgadas, porque cambian las circunstancias y cambian los conceptos. La sensibilidad ante un problema como la violencia escolar, la tendencia a llamarlo por su nombre, nos lleva a que el problema aumente en visibilidad.

En la última década ha habido un cambio radical en la conceptualización de la violencia en la familia y en la escuela. A la sociedad le ha costado reconocer que en estas dos instituciones se producía violencia. Incluso en la psicología el término violencia se ha empezado a utilizar recientemente. No se la llamaba por su nombre. Fue en los años noventa cuando la sociedad española se concienció de que había violencia en la escuela.

Por lo demás, resulta lógico que este problema despierte atención por sus propias características.

¿Han aumentado los casos de violencia en la escuela?

Ha disminuido de forma evidente la violencia de los profesores hacia los alumnos, pero no creo que haya aumentado el número de episodios de violencia sino que los niños y adolescentes tienen ahora más posibilidades para incorporar instrumentos de violencia a sus conductas. De ahí que haya aumentado la gravedad de algunas conductas. Cambian los escenarios y la visibilidad. Por ejemplo, antes la información sobre la fabricación de explosivos sólo llegaba a los especialistas. Hoy está a disposición de cualquier adolescente en Internet y que carece de la madurez para valorar las consecuencias de esa información. En cambio, resulta mucho más complejo evaluar la violencia entre iguales.

Lo que ha aumentado son los problemas de relación del adolescente hacia el profesor, como las conductas de indisciplina, situaciones de pérdida de respeto o de intimidación y que reflejan que los modelos anteriores no funcionan. El problema más común es que no les dejan dar la clase, luego vienen las contestaciones desafiantes y seguida de éstas la falta de respeto. Hasta la agresión física hay toda una gradación.

¿Cuáles deben ser las condiciones apropiadas para enseñar en aulas étnicamente heterogéneas?

En 1988, cuando la minoría mayoritaria en las escuelas era la gitana, empezamos trabajar la educación intercultural en los centros, si bien con carácter experimental. Luego pusimos en marcha programas para adaptar la escuela a los niños inmigrantes mediante programas sobre diversidad. En todos estos trabajos hemos comprobado que cuando se dan las condiciones adecuadas y el profesorado y la escuela adaptan el método a la diversidad de los alumnos mejora la educación para todos, no sólo para los que pertenecen a grupos minoritarios. Además, los adolescentes cuando salgan de la escuela van a vivir en una

sociedad caracterizada también por la diversidad y el conflicto. No podemos educarlos para una sociedad homogénea. Tienen que darse unas condiciones: que no se creen guetos, que los profesores estén preparados, y que el centro disponga de profesores de apoyo que cooperen con otros profesores dentro del aula.

Una psicología que entre en el aula

¿Qué opinas de las críticas a la supuesta inflación de psicologismo que se atribuye a la LOGSE?

Cuando se habla de psicologismo en educación probablemente se está haciendo referencia a un tipo de psicología alejada de la práctica educativa, que no cuenta con los profesores. Creo que puede haber inflación de un tipo determinado de psicología, pero en absoluto del tipo de psicología que debemos desarrollar, como lo demuestra la creciente demanda de una psicología trabajada codo a codo con el profesorado, que entre en el aula, que ayude a interpretar la naturaleza de los cambios que se han de poner en marcha y que vaya más allá de la psicología intuitiva para entender situaciones para las que no sirven la psicología empírica o tradicional.

María José Díaz-Aguado es catedrática de Psicología Evolutiva y de la Educación en la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en investigación-acción relacionada con la convivencia escolar, ha estudiado el impacto del interculturalismo en la escuela, contribuyendo en la elaboración y coordinación de programas educativos y material didáctico destinados a desarrollar la tolerancia en aulas étnicamente heterogéneas. Recientemente ha colaborado también en la elaboración de material didáctico sobre sexismo y prevención de la violencia contra la mujer que será enviado a los institutos.